

1

NACIMIENTO E HISTORIA DE LOS PRODUCTORES DE ODIOS: DEL DÍA DE SAN IGNACIO AL GOLPE DE BIDART

Odio, muerte y miedo son los tres ingredientes que definen al grupo terrorista eta.

Odio, muerte y miedo son los tres elementos inseparables de la historia de un grupo que surge en los tiempos de la dictadura de Franco, pero que alcanza su apogeo criminal en la democracia.

Odio, muerte y miedo están en el ADN de esta banda que ha ensangrentado la historia de España en los últimos cuarenta años.

ETAPAS DE LA HISTORIA DE ETA

Podemos establecer cuatro etapas en la historia del grupo terrorista eta: la primera abarca desde su nacimiento, es decir, desde que comete su primer crimen, en 1960, hasta la muerte de Franco, en 1975; la segunda va desde la desaparición del dictador hasta el golpe policial dado por la Guardia Civil y la policía francesa a la dirección de la banda terrorista en la localidad francesa de Bidart, el 29 de marzo de 1992; la tercera comprende desde la caída de Bidart hasta el golpe policial a la dirección de la banda en el sudoeste de Francia, el 3 de octubre de 2004; la cuarta, desde el golpe policial a la dirección de eta del 3 de octubre de 2004, en el sudoeste de Francia, hasta hoy.

La organización terrorista establece, en el anuario del diario *Egin* de 1994, la cronología de los atentados realizados por eta. En ella figu-

ran las tres primeras bombas colocadas el 27 de junio de 1959, sin resultado de muerte, como primer acto terrorista de la banda.

Eta fija oficialmente la fecha de su creación un 31 de julio de 1959, fiesta de San Ignacio de Loyola.

El semanario *Punto y Hora de Euskal Herria* (ya desaparecido), publicación que era portavoz oficioso del grupo terrorista eta, editaba un número extraordinario, en la quincena del 13 al 27 de julio de 1984, con motivo de cumplirse los veinticinco años de la creación de la organización terrorista. En la portada titulaba: «25 aniversario. Así nació eta».

Ocupaba toda la primera plana de la revista una foto de cuatro sujetos con la cabeza cubierta por pasamontañas, armados con fusiles que apuntaban a un objetivo desconocido, vestidos con guerreras militares mimetizadas, con el escudo de eta —el hacha y la serpiente— cosido en el hombro y una ikurriña encima del siniestro logotipo. Los pantalones vaqueros que, como una prenda más del *uniforme*, vestían todos los que aparecían en la foto completaban tan aguerrida indumentaria. Al parecer, este era el *uniforme reglamentario* de los terroristas.

Esta revista, considerada oficiosamente como portavoz de eta y tenida como tal por sus lectores, reproducía, en su página 6, un gráfico en el que sobre el sello de la organización terrorista se fijaba el año 1959 como fecha de nacimiento de la banda. (*Punto y Hora de Euskal Herria*, 1984: 3, 5 y 7.)

También un 31 de julio, día de San Ignacio, aunque del año 1894, fue la fecha elegida por Sabino Arana y Goiri, fundador del PNV, para inaugurar el primer *batzoki* (sede social del PNV) en la localidad vizcaína de Arrigorriaga. La continuidad entre el PNV y eta resulta evidente, al menos en la simbología fundacional. La elección del día de San Ignacio para inaugurar la irrupción en la historia de estas dos organizaciones nacionalistas vascas unifica y delata también la originaria componente religiosa del PNV y de eta.

LA DEFINICIÓN DE ETA, SEGÚN DIVERSAS FUENTES

Los ingredientes fundacionales del grupo terrorista eta son: el origen nacionalista y católico de buena parte de sus creadores; la influencia de movimientos revolucionarios, algunos de izquierda, de otros países; el odio a España y a lo español; el afán por ser la alternativa a

sus mayores del PNV; el carácter accidental del primer atentado; el auge del grupo terrorista provocado por la respuesta represiva del franquismo, que fomenta la dinámica acción-represión-acción fomentada y rentabilizada por la banda desde su creación.

Todos estos ingredientes figuran en lo que podríamos llamar código genético del grupo terrorista eta; una banda que existe como pudo no existir y que ha cumplido más de cuarenta años de historia criminal.

El 31 de julio de 1959, un grupo de jóvenes nacionalistas, de clase media urbana, estudiantes en su mayoría, iban a crear un nuevo movimiento con las siglas eta. Era el día de San Ignacio, fundador de la Compañía de Jesús, una orden religiosa que había servido como modelo a la organización de Sabino Arana, el padre del nacionalismo vasco. Es probable que los reunidos no estuvieran al cabo de la calle del valor simbólico de la fecha; tampoco nadie, ni ellos mismos, hubieran podido imaginar la trascendencia de lo que estaban pariendo, a medio y largo plazo. Pero algo nuevo estaba en marcha, un nuevo movimiento nacionalista que no se quedaría varado, casi sin salir de boxes, como el antiguo Jagi-Jagi u otras expresiones radicales que, al margen de disensiones puntuales, no habían alterado en lo esencial el orden de la casa paterna [el PNV]. [Garmendia, 2000: 77.]

Desde su nacimiento, en eta han convivido impulsos nacionalistas radicales de origen católico —no pocos curas y ex curas han militado en eta— con otros revolucionarios, que tomaban como referencia a países del Tercer Mundo —Argelia, Cuba—; influencias marxistas, comunistas o, incluso, de movimientos revolucionarios israelíes. Un cóctel necesariamente explosivo.

Nacida en 1959 de una escisión de jóvenes del PNV, formaban un conglomerado difícil de entender, dado que en su seno se mezclaban los católicos conservadores, con los socialistas revolucionarios, unidos por su antiespañolismo racista y su objetivo independentista. [Delgado, 2005: 191.]

Los creadores de esta organización terrorista son herederos del fracaso de sus padres nacionalistas tras la Guerra Civil y surgen después de que Estados Unidos no hubiera «liberado» España de la dictadura franquista tras el final de la Segunda Guerra Mundial.

Con un inequívoco aire refundacional del nacionalismo, los terroristas de eta pretendían enmendar la plana a sus antecesores del PNV y hacer las cosas en condiciones, superando los errores y las tibiezas del pasado.

Había que tirar por la calle de en medio, Euskadi era un país ocupado desde el final de la primera carlistada, según Sabino Arana, y ahora ya no había margen para la duda: el coronel Eymar, la Guardia Civil, los «grises», significaban la evidencia de la ocupación. Entraba en escena una nueva generación nacionalista dispuesta a darlo todo y a romper con todo, tras constatar el fracaso de sus mayores después de muchos años de «polítiqueo». Aquellos jóvenes redescubrieron, en clave sabiniana, la historia del País Vasco, se sintieron atraídos por la experiencia irlandesa —algo que venía de lejos en el nacionalismo vasco— y acabaron seducidos por fenómenos como el Irgún israelí. Al fin y al cabo, una pequeña minoría podía lograr cosas impensables si actuaba con decisión y valentía. [Garmendia, 2000: 78] [El Irgún zewa i leumi era una organización judía nacionalista extremista, fundada en 1955 por miembros disidentes de la Haganá, para expulsar a los británicos de Palestina. Contaba con una fuerza de 3.000 a 5.000 hombres, y a partir de 1945 fue dirigida por Menahem Begin, que la organizó como comando terrorista. Llevó a cabo atentados contra el Alto Comisionado británico —en agosto de 1944— (...) y después contra los árabes, desde la reconstitución del Alto Comité árabe dirigido contra los judíos. En 1948 se integró en el ejército israelí.] [Larousse, 1981: 5288.]

Kepa Aulestia, que fue, desde 1985 a 1991, secretario general de Euskadiko Ezkerra, subraya el hecho de que la organización terrorista surge en el contexto de la inactividad del PNV, y se pone en marcha por un grupo de jóvenes impregnados por el integrismo de Sabino Arana e imbuidos del ideario cristiano que planteaba la urgente necesidad de *hacer algo*.

El 31 de julio de 1959, día de San Ignacio —gran patrón para muchos creyentes y fundador de los jesuitas—, nació Euskadi ta Askatasuna (Patria vasca y libertad) en el seno de un nacionalismo que había interiorizado la derrota de la Guerra Civil de 1936 con más impotencia que espíritu de revanche. Un grupo reducido, muy reducido, de jóvenes nacionalistas decidió romper con la pasividad de sus mayores frente

al régimen franquista. Era un grupúsculo sin importancia en medio del silencio fatalista en el que se veía envuelta la resistencia nacionalista frente a dicho régimen. En un principio ni siquiera fue el activismo juvenil lo que generaría una crisis menor en las bases del PNV. Los que poco más tarde fundarían eta se distinguieron al comienzo por su inclinación a la teoría y al debate en un mundo ideológico simple y en buena medida heredero de la concepción integrista con la que Sabino Arana había fundado el PNV. El activismo aparecería más tarde, y en gran parte como expresión del catolicismo que en su versión más en boga por aquel entonces, cuando los pecados por acción eran prácticamente inexistentes debido al opresivo ambiente que se respiraba bajo la doctrina cristiana, hacía hincapié en el pecado por omisión que se convertiría en mandato moral especialmente hacia los más jóvenes para que hicieran algo, cualquier cosa menos permanecer pasivos frente a lo que vieran injusto. [Aulestia, 2005: 183.]

Otras fuentes, que insisten en la idea de refundar el nacionalismo —en estado de letargo durante el franquismo—, coinciden en señalar cuál es el primer atentado de eta y hablan de la *mística de pueblo oprimido* como elemento fundacional aglutinador dentro de una ideología difusa.

En 1959 surge una organización de carácter eminentemente cultural denominada Euskadi ta Askatasuna (eta) que se erige en defensora de la identidad y de los valores vascos, propugnando la regeneración de la cultura vasca y la enseñanza del vasco y de la historia de Euskadi como sus principales objetivos iniciales. Renegaron de forma ostensible de los principios y las actitudes del Gobierno vasco en el exilio, y por consiguiente también de las del PNV, del que rechazaban la actitud pasiva mostrada a lo largo de las dos décadas posteriores a la guerra civil.

Se trataba de reconstruir el nacionalismo partiendo de concepciones radicalmente distintas de las concebidas hasta ese momento. Txillardegui (Álvarez Emparanza) fue quien propuso su nombre actual, desechando el de ATA (Aberri ta Askatasuna: Patria y Libertad: ATA), puesto que su traducción al castellano devenía en pato, aunque el acrónimo definitivo también invitaba a la confusión, puesto que para los euskaldunes (vascohablantes) «eta» simplemente significaba la conjunción copulativa «y». Sus actividades iniciales se limita-

ron a la colocación de ikurriñas. Durante esta primera fase la violencia constituía simplemente una forma más de lucha entre una gama de opciones, aunque de forma muy temprana comenzaría a teorizarse en torno a la posibilidad de adoptar tácticas terroristas emulando al Irgún israelí. Si bien la primera acción se cometió en 1960. (La primera víctima real de eta se produce a consecuencia de la explosión de una bomba en la que muere una niña y seis personas resultan heridas. Véase J. A. Pagola, *Una ética para la paz. Los obispos del País Vasco 1968-1992*, Idatz, San Sebastián, 1992, pág. 20.) Sin embargo, la que logró más relevancia fue el intento de descarrilamiento de un tren cargado de voluntarios franquistas que se dirigían a San Sebastián el 18 de julio de 1961, lo que desencadenaría una amplia ola de detenciones y de exiliados, entre los cuales se encontraban dirigentes de eta. Los primeros militantes no conformaban un cuerpo coherente social ni políticamente, ni poseían una estructura rígidamente estructurada. Lo que les vinculaba eran unos difusos objetivos políticos, así como una determinada estética relacionada con la idea del luchador por la libertad del pueblo oprimido. [Jaime, 2004: 104 y 105.]

Algunos historiadores hablan de cómo el laberinto vasco fue convirtiéndose en uno de los principales problemas de España, de la componente marxista de la organización terrorista, y de cómo la espiral alimentada en parte por el franquismo —acción-represión-acción— contribuyó a dar fuerza al grupo terrorista, a otorgar un sentido añadido a sus acciones criminales.

Ello se debió a la aparición en 1959 de eta (Euskadi ta Askatasuna), un movimiento independentista, de ideología nacionalista y marxista, que pronto optó por el terrorismo y la lucha armada. La aparición de eta era una respuesta a la falta de libertades, pero también una reacción ante la patente crisis que el sentimiento nacionalista atravesaba desde 1939 y la pasividad o inoperancia del nacionalismo vasco histórico en la clandestinidad. La organización llevó a cabo numerosos secuestros, atracos y atentados —entre 1969 y 1975 murieron, víctimas de la banda armada, 47 personas—, y el País Vasco vivió numerosas jornadas de apoyo a eta. Por su parte, el franquismo, con su represión indiscriminada, realizó muchas veces los movimientos que más favorecieron a eta. La política de «estado de excepción» que desarrolló el régimen [fran-

quista] terminó de convencer a una parte de la población vasca, que se sintió perseguida, y generó crecientes sentimientos de rechazo de la idea de España. [García de Cortázar, 2004: 581.]

Aulestia subraya la importancia que tuvo la reacción del régimen franquista ante los primeros atentados de eta como un elemento que contribuyó a engordar al grupo terrorista, a dotarle de razones y mártires que justificaran su existencia, que explicaran sus crímenes pasados y preparasen los venideros. Una reacción que no fue planificada por el grupo terrorista, pero que le vino bien para ensanchar su influencia y protagonismo.

La espiral acción-represión-acción no constituyó una teoría, sino un descubrimiento. La acción resultaba tan minoritaria que la represión se volvía inmediatamente indiscriminada: ampliaba el eco de la acción, redoblaba su importancia y generaba una corriente de simpatía antirrepresiva que reconfortaba a la minoría activista. [Aulestia, 2005: 184.]

El profesor Ignacio Sánchez-Cuenca subraya la vinculación inicial del terrorismo de eta con el del IRA en Irlanda del Norte y la componente nacionalista de la organización criminal vasca.

Eta nació en 1959 como una escisión de las juventudes del PNV. En origen se definió como una organización nacionalista, de liberación nacional, cuyo cometido era «la salvación de las esencias vascas» mediante «la autodeterminación del destino de nuestra Patria» (acta fundacional de eta). Durante los años sesenta, la ideología nacionalista fue complementándose con ideología marxista y revolucionaria, hasta el punto de que, en algunos momentos, llegó a ser casi igual la lucha de clases y la liberación nacional. La tensión entre nacionalismo y marxismo, común a otras organizaciones de la época como el IRA en Irlanda del Norte, se terminó resolviendo en todos los casos a favor del nacionalismo. De hecho, hubo varias escisiones en las que los partidarios de la revolución social abandonaron la organización (primero la escisión de eta berri [nueva] en 1966 y luego la de eta-VI Asamblea en 1970), quedando esta en manos de las corrientes más nacionalistas. [Ignacio Sánchez-Cuenca.]

En cuanto a la justificación de eta como una alternativa generacional a sus mayores del PNV, la historia muestra otros antecedentes en los que nacionalistas veteranos han mirado con simpatía el nervio revolucionario de nacionalistas jóvenes, como si estos fueran capaces de poner en práctica lo que aquellos solamente eran capaces de imaginar.

La generación más antigua [de alemanes], que se había vuelto más insegura y temerosa en cuanto a sus ideales y principios, empezó a dirigir la mirada hacia «la juventud» con ganas de pasar el testigo, de adularla y de esperar que realizase milagros. Por su parte, estos jóvenes no conocían más que el desorden en el ámbito de lo público, el sensacionalismo, la anarquía y el peligroso encanto de unos juegos numéricos nada sensatos. Simplemente esperaban la oportunidad de poder organizarlo todo ellos mismos, con más estilo aún que el que les habían enseñado y, mientras tanto, cualquier vida privada les parecía «aburrida», «burguesa» y «caduca». Asimismo, las masas estaban acostumbradas al sensacionalismo provocado por el desorden y, por cierto, su última gran superstición, una fe pedante y celebrada de manera ortodoxa en el poder milagroso de San Marx y en la inevitabilidad del desarrollo automático por él profetizado, había comenzado a debilitarse y a tambalearse.

Así, bajo la superficie, ya todo estaba listo para una gran catástrofe.

Sin embargo, en la esfera visible de lo público reinaba entre tanto un estado de dorada paz, calma, orden, afecto y buena voluntad. Incluso los presagios de la catástrofe que se adivinaba parecían estar integrados en aquel idílico panorama. [Haffner, 2001: 78 y 79.]

En el nacionalismo vasco ha sido recurrente la admiración de los nacionalistas mayores, del PNV, hacia los nacionalistas más jóvenes, los de eta. En el discurso, en los gestos y en las actitudes, significativos miembros del PNV —Xabier Arzallus, José Manuel Insausti (*Uzturre*), Ramón Labayen, etc.— han alabado la generosidad, la abnegación, la entrega de los jóvenes de eta, como si ellos mismos estuvieran dispuestos a hacer las mismas cosas de no ser por el impedimento melancólico de la edad.

A su vez, los jóvenes nacionalistas revolucionarios han sentido la necesidad de inaugurar la historia, de hacer las cosas de forma diferen-

te a la de sus mayores, siempre derrotados; de aplicar el activismo como razón de ser, como vía también para diferenciarse de la pasividad de sus mayores, incapaces de enfrentarse a la dictadura cuando Franco vivía, e incapaces asimismo de empuñar las armas, de ser nacionalistas consecuentes, en la etapa democrática.

Uno de los elementos diferenciadores con respecto de otros terrorismos, y que resulta chocante, es que el terrorismo de eta no está protagonizado por gente pobre, que no tiene para comer o se muere de hambre y que, impelida por esa situación humillante, empuña las armas para salir de la penuria y derrotar a quien se la provoca. En el caso de eta es justo lo contrario.

En las decenas de atentados terroristas que he cubierto como periodista, siempre me ha llamado la atención el carácter extraordinariamente humilde de los familiares de los policías y guardias civiles asesinados. Personas pobremente vestidas en la mayoría de los casos; enlutadas, con ese luto que parece previo a la muerte; con manos que solo se tienen después de haber trabajado con ellas durante años; gentes que apenas eran capaces de expresar con palabras sus sentimientos. Un paisaje de gente humilde, procedente, en muchos casos, de pueblos pobres. Gentes del campo, padres que habían visto cómo sus hijos se hacían policías para salir del albur del nublado —de la incertidumbre de cómo será la cosecha—, poblaban los funerales urgentes y fríos que se han hecho durante años en la CAV.

Frente a esa imagen de parias, la certeza de que sus asesinos, en la inmensa mayoría de los casos, disfrutaban de una saneada economía, de una situación social desde luego incomparablemente mejor que la de sus víctimas. Eta es hija del PNV y es también hija de la opulencia económica.

Martín Amis, en su análisis del régimen de Stalin, ofrece una posible definición del terror, útil también para el caso vasco.

El terror, quizá, es siempre una confesión de ilegitimidad.
[Amis, 2004: 97.]

EL NACIMIENTO DE ETA EN EL CONTEXTO DE LA HISTORIA Y EN LA CONSTRUCCIÓN MÍTICA DEL NACIONALISMO VASCO

Eta ha tenido una especial obsesión por sostener que su existencia respondía a una demanda de la sociedad vasca, avalada además por la

historia, por los supuestos precedentes de la banda que en tiempos pasados se podían encontrar a poco que se enfocara el pasado con una mínima dosis de melancolía y narcisismo victimista.

Los terroristas siempre se han visto a sí mismos como algo imprescindible, no como algo aleatorio, que podía existir como podía no existir. Necesitada desde su nacimiento de justificaciones que explicaran la razón de su existencia, eta ha acudido a su particular visión mítica de la historia y a la habitual práctica nacionalista de echar la culpa siempre a los demás.

Enfocar el fenómeno del reciente terrorismo político vasco, la comprensión de lo que es y representa eta, acudiendo al análisis de los movimientos sociales y políticos, teniendo en cuenta que los rasgos ideológicos de las minorías activas que lo protagonizan en la estela de la violencia trazada por la definición nacionalista de Sabino Arana. A su vez, este componente remite a la legitimación de la violencia a partir de un agregado de construcciones míticas que traducen en términos positivos la sucesión de unas guerras, las carlistas, que acompañan a la traumática transición de la sociedad del Antiguo Régimen al liberalismo en tierras vascas. Del trauma de esta primera transición surge la disponibilidad del campesinado vasco para la violencia bélica de las partidas carlistas, así como del cruce de sus efectos con una segunda transición muy conflictiva, la de la industrialización de Vizcaya, procede el nacionalismo, también cargado de violencia, que formula en el fin de siglo [XIX] Sabino Arana y Goiri. Por fin, de la tercera transición, de la oleada de industrialización y urbanización de la posguerra, con el nuevo trauma ahora generado por la opresión franquista, emerge eta. Y en los tres productos históricos de estas crisis el orden agrario tradicional desempeña un doble papel, en primer plano como mito legitimador, pero también como realidad que proporciona los usos, los valores, los rituales, las formas de control social, en que ha de asentarse la violencia [...] Aun contemplando el fenómeno desde una atalaya marginal, demasiadas cosas miraban hacia el pasado en el ambiente intelectual que rodeó a la formación de eta. Era claro que el franquismo favorecía la eclosión de un nacionalismo radical, poniendo de manifiesto fehacientemente la opresión del Estado español, fundido con la dictadura, sobre la sociedad vasca. Pero una cosa era agudizar las tensiones, y otra bien distinta generarlas, e incluso dotarlas de una envoltura mitológica en la que nunca faltaban dos elementos: la evoca-

ción de una sociedad vasca cargada de valores comunitarios y la denuncia de que, por uno u otro camino, era España, y no solo la dictadura de Franco, la responsable de que dicha sociedad vasca se encontrase en trance de desaparición. Por lo cual había que recurrir a todo tipo de medios excepcionales para forzar su vuelta a la vida, sin olvidar el empleo de la violencia. [Elorza, 2000: 20-23.]

Aquí reside una de las confusiones que han marcado los primeros años de la existencia del grupo terrorista y su devenir en el comienzo de la democracia: eta no era antifranquista porque le gustaran las libertades, no; eta era, sobre todo, antiespañola. No es que fuera demócrata y por eso no le gustaba la dictadura; es que eta quería ser como Franco: quería instaurar otra dictadura adobada de nacionalismo etnicista, empanada marxista y cuarto y mitad de revolución castrista.

Para algunos, el nacimiento de eta era la réplica a la derrota de la Guerra Civil española. La Guerra Civil no se hizo contra los vascos nacionalistas, a pesar de lo que difunde ahora la propaganda nacionalista, pero algunos jóvenes nacionalistas vascos, de los años sesenta, sí sintieron que aquella derrota y el régimen franquista alimentaban su afán revolucionario, sus ganas de revancha.

La derrota como ingrediente que justifica la acción, el resentimiento inherente a la derrota, ya ha actuado como revulsivo, como elemento justificativo de terrores, en otros momentos de la historia.

Creo que la derrota alemana [en la Primera Guerra Mundial] a nadie le produjo una conmoción tan grande como a aquel chico [Sebastian Haffner] de once años que erraba por las calles extrañas, víctima de la humedad de noviembre, sin darse cuenta de adónde se dirigía ni reparar en cómo la lluvia iba calándolo poco a poco. De lo que sí estoy convencido es de que el dolor que sintió el cabo segundo Hitler, quien, aproximadamente a la misma hora, fue incapaz de soportar el anuncio de la derrota en el hospital militar de Pasewalk, no pudo ser más profundo que el del chico. Bien es verdad que su reacción fue más dramática que la mía: «Me resultó imposible permanecer más tiempo allí», escribe [Hitler]. «Mientras la vista se me nublaba, regresé tambaleándome y a tientas al dormitorio común, me arrojé sobre el lecho y enterré la cabeza ardiente en la manta y en la almohada.» Después de lo cual decidió convertirse en político. [Haffner, 2001: 35 y 36.]

ETAPAS EN LA HISTORIA DE ETA, SEGÚN MARIO ONAINDÍA

Mario Onaindía fue miembro de eta durante el franquismo y fue condenado a pena de muerte en el juicio de Burgos, celebrado en 1970 contra varios miembros de la organización terrorista. Indultado, pasó ocho años en la cárcel. Extraditado a Bélgica tras la muerte de Franco, Onaindía jugó un papel de gran importancia y liderazgo en la transformación de antiguos militantes de eta en activistas políticos que renegaban de la violencia y llegaron a luchar contra ella.

Onaindía fundó el partido Euskadiko Ezkerra (EE), un grupo político que pretendía sintetizar un nacionalismo templado con una izquierda no radical.

Después de sucesivas crisis internas, EE se acabaría integrando en el PSE-PSOE e incorporando sus siglas a las del socialismo vasco. Hoy, la denominación completa de los socialistas vascos es PSE-EE-PSOE.

Mario Onaindía, el ex militante de eta que tanto hizo tras la muerte de Franco por las libertades en la CAV, definía tres etapas en la historia de eta:

- Una primera fase, durante la época franquista.
- Una segunda, durante la transición y algunos años de la democracia, con la bandera de la Alternativa KAS.
- Una tercera fase, a partir de 1992, en la que las víctimas ya no son solo militares y policías y atacan también a civiles. [Mario Onaindía, 2003: 220.]

Onaindía sitúa también la primera fase de la historia de la organización terrorista en tiempos de Franco, no porque justifique las acciones de eta hasta la muerte del dictador, ni porque considere que hay una «eta buena», la que mata durante la dictadura, y una «eta mala», la que asesina a muchísimas más personas durante la democracia, sino por la certeza de que en el surgimiento y en la actuación de eta durante el franquismo muchos vieron una forma de respuesta al sistema dictatorial.

La coartada de que eta había surgido para luchar contra la dictadura decayó con el paso del tiempo, pero dio apoyos y prestigio a la organización criminal en los primeros años de la democracia.

El periodista vasco Patxo Unzueta habla así de la eta de la dictadura y de la eta de la democracia.

Para que no haya equívocos, creo que no hay una eta buena y una mala: siempre se trató de una organización que intentaba imponer sus ideas por la fuerza, y por lo tanto de una organización no democrática. [Patxo Unzueta, «Respuesta a Arzallus», *Deia*, 3-II-1997, pág. 10.]

Para Onaindía, la segunda fase de la historia de la banda se define, más que por el tiempo, por los intentos de la organización terrorista de implantar, a golpe de muerte y de miedo, la llamada «Alternativa KAS» (autodeterminación, amnistía, etc.).

Onaindía sitúa el comienzo de la tercera etapa en el golpe policial a la dirección de eta en la localidad francesa de Bidart, el 29 de marzo de 1992, cuando fueron detenidos Francisco Múgica Garmendia (alias *Pakito*), José Luis Álvarez Santacristina (alias *Txelis*) y José María Arregi Erostarbe (alias *Fittipaldi*); los tres componían el denominado colectivo *Artapalo*, eran la dirección de eta, veterana y experta, en la que se mezclaba dirección política, ideológica y operativa.

El golpe de Bidart, trabajado durante años por la Guardia Civil y realizado por este Cuerpo en colaboración con la policía francesa, supuso la mayor crisis del grupo terrorista, inauguró el declive de la banda y la llevó a cambiar de táctica: eta volvió a matar civiles, según Mario Onaindía.

Este dice que después de 1992 eta empezó a matar civiles, pero lo cierto es que eta, en los años ochenta, había asesinado a civiles; por ejemplo, a políticos de la Unión de Centro Democrático (UCD) y a antiguos cargos del régimen de Franco. Pero lo que ocurre después del 92 es que el grupo terrorista se centra de forma continuada en el asesinato de civiles como el concejal del PP en el Ayuntamiento de San Sebastián Gregorio Ordóñez, asesinado el 23 de enero de 1995.

Mario Onaindía, conocedor de la banda terrorista desde sus orígenes y desde su interior, describe los balbuceos de la organización terrorista y narra su evolución.

A lo largo de sus cuarenta años de historia, pues, los militantes de eta han ido comprobando cómo evolucionaba su concepción de la nación vasca, pasando de la raza (como Sabino Arana) a la etnia, que era más o menos lo mismo pero disfrazado de un lenguaje más científico; a considerar la lengua como el factor fundamental en los comienzos de los años sesenta de la mano del lingüista Txillardegui o del inefable Krutwig, a una determinada situación de opresión y explota-

ción a finales de esa década por la influencia de los hermanos Etxebarrieta (tanto José Antonio como Txabi), que acuñaron el concepto de Pueblo trabajador Vasco. [Onaindía, 2003: 212 y 213.]

Una constante en la historia de eta ha sido su obsesión por buscar referencias en otros países del mundo que acreditasen su necesidad histórica. Un afán por compararse con otros movimientos revolucionarios, buscando quizá una legitimidad que no parecía estar clara para los propios promotores de la banda terrorista.

De la misma manera iba evolucionando el modelo con el que se identificaban: la guerrilla chipriota o el Haganá y el Irgún judíos (ejemplo para Julen Madariaga cuando escribe el *Cuaderno Blanco* a mediados de los sesenta). El Vietcong y más concretamente la teoría de los frentes de lucha de Trong Ching para Federico Krutwig. Che Guevara para los procesados en el Juicio de Burgos. Los tupamaros, para los polimilis que reconstituyeron eta a comienzos de los años setenta. Los sandinistas a finales de los setenta, para eta-m. La Intifada para los animadores de la kale borroka (terrorismo callejero) de los años noventa y el IRA para quienes declaran la tregua (septiembre de 1998 a noviembre de 1999). [Ibídem: 213.]

LAS DOS ETAPAS DE IGNACIO SÁNCHEZ-CUENCA

Ignacio Sánchez-Cuenca, profesor de la Universidad Complutense y autor del libro *Eta contra el Estado. Las estrategias del terrorismo* (Tusquets, Barcelona, 2001), distingue dos fases en la evolución de eta:

- Guerra de desgaste (1978-1992).
- Construcción del frente nacionalista (1992/94-1999).

Según Sánchez-Cuenca, en la primera etapa, el grupo terrorista eta busca desgastar al Gobierno de España a base de atentados —cuanto más dañinos, mejor—, con el afán de crear un clima insostenible en el que al Gobierno, al Estado, no le quede más remedio que negociar con la organización terrorista en condiciones de igualdad. Esta negociación buscada por eta sería percibida por la banda terrorista como una victoria; un signo de fuerza, de poder y reconocimiento de la necesaria existencia de la organización terrorista, y se planteaba como una derrota

del Estado, del Gobierno y del Ejército españoles, a los que se pretendía sustituir en el ámbito territorial designado por el ideario nacionalista.

Con el paso del tiempo, y a pesar de la acumulación de atentados contra policías, guardias civiles, generales, etc., los propios terroristas perciben la imposibilidad de derrotar al Estado y dan por fracasada la posibilidad de negociar con él. Eta entra en una segunda fase en la que pretende camuflar su fracaso, tapar su debilidad, y busca acumular fuerzas con la creación de un *frente nacionalista*: todos los nacionalistas vascos, los que matan y los que no, unidos contra los *españoles*.

Los nacionalistas vascos unidos, de un lado; contra los *españoles*, del otro. La máxima expresión de ese frente nacionalista viene dada por los acuerdos firmados por eta con el PNV y EA, en agosto de 1998, y por el Acuerdo de Lizarra-Estella, firmado por HB, PNV y EA, entre otras fuerzas nacionalistas, solo un mes después: el 18 de septiembre de 1998.

La guerra de desgaste parece que llegó a su fin en 1998. Desde el año 1992, en que se detiene a la dirección de eta, la organización entra en un proceso de decadencia imparable. La combinación de éxitos policiales, operaciones judiciales, resistencia ciudadana en el País Vasco y negativa del Gobierno de España a mantener contactos con los terroristas, puso a eta contra las cuerdas en los años 1997-1998. Los terroristas se vieron forzados a reconocer que la posibilidad de que el Estado se retirara de la guerra de desgaste antes que eta era mínima, por lo que abandonaron sus pretensiones de conseguir la independencia mediante la sola fuerza de los atentados. A partir de ese momento orientaron sus esfuerzos a formar un frente con los nacionalistas democráticos que permitiera avanzar hacia la ansiada independencia a través de una política de hechos consumados, consistente en ir creando las instituciones de un nuevo Estado vasco con la esperanza de llegar a un punto en el que el proceso fuera ya irreversible y a España no le quedara más opción que aceptar la separación del País Vasco. [Sánchez-Cuenca, 2001: 20.]

EL GOLPE POLICIAL DE BIDART CERTIFICA EL FRACASO DE ETA Y MARCA EL INICIO DE SU DECLIVE

El golpe policial a la dirección de eta en Bidart supuso la demostración empírica de que la banda terrorista podía ser derrotada.

Según la tesis nacionalista del PNV y de eta, este grupo terrorista tenía su génesis en un conflicto político —de origen, al parecer, remotísimo— entre los vascos con el Estado español; y por muchos golpes policiales que se le dieran, la organización terrorista era indestructible.

El enfrentamiento entre eta y el Estado, añadían de manera interesada, conducía al *empate infinito*, con lo cual se hacía imprescindible negociar; es decir, que el Estado reconociera su derrota y cediera ante las exigencias nacionalistas —de eta y de buena parte del PNV—. El golpe policial de Bidart desbarató esta falacia. Fue un golpe policial de evidentes consecuencias políticas, de repercusión trascendental, histórica, en la evolución de la banda terrorista.

Desde Bidart, eta no ha vuelto a ser la misma.

Este hecho pone de manifiesto lo decisiva que ha sido la lucha policial en el debilitamiento de la organización terrorista, en la reducción de su influencia, de su poder. Gracias a la eficacia policial se produce una transformación de la organización terrorista que tiene consecuencias políticas. Hay una eta antes de Bidart y otra muy distinta, que empieza su decadencia, después de aquel golpe policial.

El golpe policial de Bidart certifica el fracaso de la organización terrorista.

Con el golpe de Bidart, eta inicia su declive, en el que sigue hasta hoy.

HB ES ETA. LA SOPA DE LETRAS

Herri Batasuna es eta. Desde sus orígenes, Herri Batasuna ha sido uno de los organismos que forman parte del denominado MLNV (Movimiento de Liberación Nacional Vasco), organización ilegal creada y controlada por eta. Herri Batasuna (HB), Euskal Herritarrok (EH), Sozialista Abertzaleak (SA), Batasuna, AuB, Herritarren Zerrenda (HZ), Aukera Guztiak (AG), que de todas esas formas se ha denominado el llamado brazo político de la organización terrorista, es también eta. Todas esas siglas son una misma organización con dife-

rentes nombres. No contenta con todo ese carrusel de siglas, eta ha alquilado, en las elecciones autonómicas del 17 de abril de 2005, unas siglas que no tienen desperdicio: Partido Comunista de las Tierras Vascas (PCTV). Este partido defiende la dictadura del proletariado y moderneces por el estilo, y no ha tenido empacho en ser invadido por eta cuando la organización terrorista así lo ha exigido. Creo que resulta más expresivo de su identidad denominarles *Partido Comunista de las Tierras Búlgaras*; o, en plan más literario, de las *Tierras Vírgenes*, y que nadie se me enfade por esto. (Ellas no han leído a Kipling.)

Desde que se constituye la organización terrorista eta, en 1959, hasta el período 1974-1977, que es cuando empiezan a nacer las diferentes organizaciones que forman parte del llamado bloque KAS (Koordinadora Abertzale Sozialista) y se ponen las bases de la llamada Mesa de Alsasua, dos son las cuestiones centrales que aborda eta:

- Fijar la estrategia a seguir por el conjunto del MLNV; es decir, teniendo en cuenta la situación de partida, qué se debe hacer, hacia dónde ir, de qué forma y con qué pasos intermedios.
- Eta decide cómo debe estructurarse el MLNV.

En 1979 el grupo terrorista elabora un documento titulado «Evolución político-organizativa de la izquierda abertzale», en el que se define al MLNV y se detallan las organizaciones que forman parte de él.

En 1979 el MLNV está prácticamente definido con estos integrantes:

- KAS, que reúne a eta, ASK, al sindicato LAB, al partido HASI y a la organización juvenil Jarrai. En 1988 se une a estos grupos Egi-zan, la organización de mujeres.

- HB (1978), que reúne a los partidos HASI (y el respaldo de todo KAS), ANV, LAIA y ESB; estos dos últimos están hoy desaparecidos. A estos partidos se unen independentistas a título personal.

- Otros organismos sectoriales no integrados en KAS, como son las Gestoras Pro-Amnistía, encargadas durante años de agitar de forma continua en torno a los presos de la organización terrorista, mantener viva su existencia, realizar campañas de apoyo y movilización, denunciar sus condiciones de vida. Las Gestoras estaban dedicadas, mientras existieron, a ofrecer una imagen de los presos no como asesinos, sino como patriotas comprometidos y entregados a la causa nacionalista. Pedían la amnistía, la puesta en libertad de los terroristas y más adelante —después de la dispersión por cárceles españolas, decidida por

el Gobierno socialista presidido por Felipe González— el acercamiento a cárceles del País Vasco. Luego han pasado a denominarse Senideak y más tarde Etxerat. Hay otra organización, denominada Askatasuna, también relacionada con los presos. Es todo lo mismo, son las mismas personas con diferentes siglas. Estos constantes cambios definen el actuar de la sopa de letras que constituye el mundo terrorista: la misma gente, con diversos y cambiantes nombres, dan sensación de multitud, de dinamismo, actividad, capacidad de iniciativa.

— Eguzki era el colectivo dedicado a explotar —nunca mejor dicho— en beneficio de los planteamientos de eta todas aquellas cuestiones que puedan tener que ver con el medio ambiente y la ecología. Hay entre los seguidores de eta, entre personas que son, sobre todo, antisistema, una especial simpatía por este tipo de asuntos. Los miembros de Eguzki hacían perfectamente compatible su declarado amor por la naturaleza con su entusiasta apoyo al asesinato de seres humanos, practicado por la banda terrorista a lo largo de toda su historia. Cuando se trata de impedir que se haga una autovía que una a Navarra con Guipúzcoa, eta crea una plataforma *ad hoc* y la llama Lurralde.